

REVISTA DE ESTUDIOS HISPANICOS

AMD, 37, 14, 8

FACULTAD DE HUMANIDADES, RECINTO DE RIO PIEDRAS,
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

Año I

julio-diciembre, 1971

No. 3-4

Miguel Delibes, *Cinco horas con Mario*, Barcelona, Destino, 1967, 296 p.

Miguel Delibes es indudablemente uno de los novelistas españoles más representativos de la hora actual. Desde que en 1947 obtuvo el Premio Nadal con su novela *La sombra del ciprés es alargada*, obra juvenil con todos los defectos y virtudes que esto supone, hasta *Cinco horas con Mario* (Ediciones Destino, Barcelona, 1967) última que ha ofrecido a sus lectores, pasando por el estupendo *Diario de un cazador* que en 1956 logró el Premio Nacional de Literatura, son veinte años de labor literaria ininterrumpida que presentan la curiosa característica de resultar ascendente en su valor. En efecto, sus últimas novelas, particularmente *Cinco horas con Mario*, evidencian palmariamente que Delibes ha alcanzado un equilibrio, una madurez que no es, claro está, fruto del azar, sino el resultado de un paciente quehacer y de un afán de superación que son características del buen novelista.

Ya hace algunos años, refiriéndome a otro libro del mismo autor, afirmé que sus novelas son un sin par espejo en el que suele reflejar nítidamente ese pobre vivir de la provincia española, sobre todo de su clase media, roída desde hace muchísimo tiempo por la mojigatería, por la estrechez mental, por la vulgar afectación, por la ambición sin alas y por la envidia sin freno. Por eso Delibes nos da siempre una visión irónica y en el fondo pesimista de esa realidad que nos suele pintar. Su crítica de esa sociedad estrecha, provinciana, no es directa, a la manera de ciertos jóvenes novelistas españoles, sino más bien soterrada y a base de un humor a la par tenue y fino. Digamos que su innegable madurez literaria le ofrece los suficientes recursos para salir airoso de sus propósitos. Y asimismo que la forma expresiva que ha elegido para establecer su crítica no deja de resultar harto eficaz.

En *Cinco horas con Mario*, Delibes hace gala de una temática nueva para él, más intimista si cabe, puesto que nos hace entrar en el interior de sus principales personajes y vivir intensamente su sordo drama. Hay intensidad e interés humano en estas páginas, casi trescientas, que reflejan en casi su totalidad el monólogo de una mujer ante el cadáver de su marido. Merced a este monólogo de la reciente viuda, nos es posible conocer no sólo a su familia, sino igualmente el medio social que la rodea, todo lo cual hace que la novela resulte una especie de retablo de la vida española en una provincia cualquiera, en el que resalta con acusados perfiles la realidad mesocrática de la sociedad en la actualidad, así como el papel preponderante que desempeña en el hogar la mujer. A este respecto recuerdo unas líneas de Manuel Azaña, en las cuales denunciaba hace bastantes años que el liberal



español había abandonado la lucha por la libertad de conciencia para preservar la paz doméstica.

Al iniciar la lectura de *Cinco horas con Mario* nos encerramos en una habitación junto a una mujer que acaba de perder a su marido y cuyo cadáver vela. Los demás familiares y otras amistades se han retirado y María del Carmen, la viuda, quiere quedarse al lado del cuerpo del fallecido. Este tenía como libro de cabecera una Biblia, algunos de cuyos párrafos, previamente subrayados, solía releer. La viuda hojea esa Biblia y lee a su vez esos subrayados. Cada párrafo inicia un capítulo de ese ininterrumpido monólogo de María del Carmen. A decir verdad este ejercicio no sirve a la viuda para continuar su cotidiano diálogo con Mario, el marido muerto, sino más bien para sacar a colación todos sus agravios, sus resquemores, sus frustraciones, acumulados a lo largo de los veinticuatro años de matrimonio. Las quejas y las acusaciones se van acumulando, al propio tiempo que vamos conociendo a ambos cónyuges.

Mario fue en vida un catedrático y escritor idealista, que creía en la verdad, en la bondad, en la necesidad de cambiar no pocas cosas. Pero era al mismo tiempo un ser apacible, tranquilo, un liberal cuyas moderadas ideas religiosas, políticas y culturales chocaban con la rutina y la ignorancia del medio social en que vivía, comenzando por su propia esposa. En eso y sólo en eso consistían sus ideas "avanzadas". ¿Qué le dice ahora la viuda? "Me haces gracia con eso de que con la verdad por delante se va a todas partes, me río yo, que contigo no hay razones, porque ¿quieres decirme dónde has ido tú, cariño?, coche todo el mundo y tu mujer, a patita, eso, que no tienes ni dónde caerte muerto." Y luego: "Dejémonos de romanticismos y piensa con la cabeza, cariño, que tú tienes a gala nadar contra corriente, que vivimos una época práctica y eso es hacer el tonto por no decir otra cosa [...] y nunca me cansaré de repetírtelo, hijo, que tú has pretendido ser bueno y sólo has conseguido ser tonto, así como suena."

Por lo visto esa María del Carmen, mujer frívola (a una de sus amigas, ante el cadáver aún caliente de Mario, le dice: "no me digas Valen, estos pechos míos son un descarro, no son pechos de viuda, ¿a que no?"), de una vulgaridad incalificable, de una moral puramente aparental por haber sido criada en una familia burguesa aferrada a un conjunto de hábitos de ancestrales costumbres, esa mujer, decía, no perdona a su esposo el haber tenido que vivir en una relativa pobreza, con los consiguientes agobios económicos de final de mes. El hecho de no haber podido adquirir un coche, signo exterior de elevación social, le duele infinitamente más que el fallecimiento del marido: "...porque ¿puedes decirme qué has enderezado tú, para qué has vivido, di, si no has podido comprar a tu mujer ni un triste Seiscientos?" Y siempre la misma queja, como un constante retornelo: "Eso sí, para libros siempre había dinero, en cambio un Seiscientos..."

Sin embargo, ese egoísmo, ese materialismo vulgar, no era óbice para que María del Carmen, como buena burguesita española, repitiera esas frases hechas recibidas en su familia como base de educación, frases tendientes a

justificar un atraso económico del que era principal responsable esa misma burguesía: "Máquinas, no; pero valores espirituales y decencia para exportar." La miseria material y moral se justifica con el mantenimiento de esos valores espirituales, que desde luego nadie sabe en qué consisten. En todo caso, no es mucha la decencia que María del Carmen exhibe ante el cadáver de su esposo, al que continúa acusando de no haber sabido ofrecer una de esas máquinas, es decir, un automóvil, amén de otras comodidades expresión del bienestar ante los ojos de los demás, que por lo visto es lo capital.

En ese monólogo interior de cinco horas, no es únicamente una perenne acusación contra el hombre que no pudo ofrecer a su esposa una existencia regalada, sino asimismo una exposición de la mentalidad de una de tantas mujeres españolas pertenecientes a la burguesía o a la pequeña burguesía. Al tibio evolucionismo de su marido, opone ella una tenaz resistencia, un vetusto tradicionalismo. Toda su filosofía parece basarse en la monstruosa frase de que siempre hubo pobres y siempre los habrá, de que las cosas siempre fueron como son, de que Dios lo ha querido así, etc., Refiriéndose al Concilio, afirma: "...con lo tranquilo que estábamos. ¿Pues no salen ahora con que los protestantes van a abrir una capilla aquí, en la esquina?" Al tratar de la educación de la mujer dice: "A una muchacha bien le sobra con pisar bien, saber mirar y saber sonreír y estas cosas no las enseña el mejor catedrático". Y con respecto a los jóvenes: "...prefiero yo mil veces a Menchu, con toda su vagancia, que a estos jovencitos, que no sé si la Universidad o qué pero salen todos medio rojos".

A través de la anécdota en apariencia nimia, Delibes ha planteado en su última novela el problema de la sociedad española, vista desde dentro, o sea, el viejo pleito existente en muchísimas familias de España, donde el liberalismo del marido tropieza con los atávicos prejuicios de la esposa, que suele casi siempre terminar por dirigir el hogar. Y cada una de esas familias es la imagen pálida y reducida de España. "Por eso estoy cada día más contenta de haberte hecho pasar por el aro", exclama victoriosa la viuda ante el cadáver de su esposo. Hace siglos —¡ay!— que el español está pasando por el aro y el resultado está a la vista de todos. Delibes nos lo muestra en *Cinco horas con Mario* con su habitual agudeza, con una prosa plena de vivacidad, con su acostumbrada ironía y sin duda con un poquito de amargura al tener que reflejar tal estado de cosas.

Digamos, empero, que el libro finaliza con una nota de cierto optimismo, mejor dicho, de fe en el futuro inmediato. En efecto, el hijo mayor del difunto, llamado Mario como él, no se presta al juego de las apariencias. Su dolor es más íntimo y por lo tanto más intenso: es un dolor sin lágrimas, sin aspavientos. Y cuando al amanecer, al abandonar la viuda su terco monólogo ante el cadáver de su marido, se encuentra al fin sola con su hijo, se entabla un diálogo en el que éste se expresa como hiciera su padre, con mayor vehemencia que su padre. Y explica: "Sencillamente nos hemos dado cuenta de que lo que uno viene pensando desde hace siglos, las ideas heredadas, no son necesariamente las mejores. Es más, a veces no son ni tan siquiera buenas,

mamá." Aún agrega: "Lo que hay que desterrar es la hipocresía ¿comprendes? Es preferible reconocerlo así que pasarnos la vida inventándonos argumentos."

En suma: un libro que dice más de lo que aparenta y que vale la pena de leer. Su lectura acarreará, eso sí, una obligada meditación. Supongo que ésta habrá sido la intención de Delibes, deseoso de poner en evidencia una situación anacrónica que aparece a contrapelo de las corrientes contemporáneas.

I. Iglesias

~~Oliverio Gironde, *Obras completas*, Buenos Aires, Losada, 1968, 847 p.~~

~~Quando se terminan de leer las obras completas de Oliverio Gironde, Editorial Losada, Buenos Aires (prosa y poesía) se tiene la impresión de un producto directo de experiencias vividas u originadas en los estratos más poderosos de la personalidad de este extraño personaje que fue Gironde. Pero es notorio que esta obra, inamovible en cuanto a proyección estética, es la creación de una verdadera configuración de un mundo de razones imaginativas. Pocos poetas aciertan como Gironde en la reelaboración de sus materiales más o menos biográficos. Su posición económica y social le permitieron desde muy joven hacer largos viajes por el mundo y de esos viajes arranca una poesía, sin embargo, puramente argentina, ya que argentina es la total y vigilada visión del autor.~~

~~Oliverio Gironde era un poeta nato, por eso la transformación de las anécdotas reales en buena poesía no requerían en él una objetivación exhaustiva o un oficio deslumbrante; la poesía manaba como obra de una gracia divina. Esa especie de gracia era capaz de hacer trascendentales las anécdotas triviales que Gironde sabía conectar de una manera emocional para que el lector quedara deslumbrado. ¿Virtud? ¿Pecado? La poesía de Gironde está basada primordialmente en temas de su historia personal y de su contorno. Es un poeta que vivió mucho y en consecuencia no necesitó esforzar su imaginación para crear el mundo de su poesía y de ese modo sólo se dedicó a pintarlo con los colores gayos para darnos un panorama mágico pero veraz, cualidad genuina de este poeta.~~

~~Conocí a Oliverio Gironde, fugazmente, creo que por el año 63. Salía de una operación grave al cerebro y ya no era el hombre brillante que había sido. Hablaba con dificultad, no salía de su casa, magnífico palacio, limitándose al área de su biblioteca. No hacía mucho que acababa de aparecer *En la mismédula*, ese diluvio de poesía. Pero en aquella ocasión no habló de poesía, sí de sí mismo, de sus viajes por el norte de Africa. Hijo de una de esas doscientas familias que forman la aristocracia porteña, toda su vida quedó determinada por esa circunstancia. Según él mismo me contó: "Los hombres, tanto los de proyección positiva como los de proyección negativa, son producto de un ambiente, de las oportunidades que ese ambiente les brinda, y de su voluntad". No creía en el destino. Quizá por eso mismo fue fiel a~~